



TAMPA LIFE CHURCH

CLOAKED

SERIE DE ESTUDIOS BÍBLICOS

PARTE 2

Parte 2: Más Que Lo Que Te Cubre

PARTE

MÁS QUE LO QUE TE CUBRE

01

«Entonces vinieron a Jericó; y al salir de Jericó con sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo el ciego, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino mendigando... Él entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús.»

MARCOS 10:46-52 (RVR60)

La historia de Bartimeo es recordada por la mayoría de los creyentes como el milagro de un hombre ciego que recibe la vista. Sin embargo, antes de que Marcos nos hable del milagro, nos presenta cuidadosamente al hombre mismo. El escritor del Evangelio hace algo inusual al identificarlo no simplemente por su nombre, sino por su condición: «el ciego Bartimeo». Durante generaciones, este hombre ha sido recordado no principalmente por quién era, sino por lo que le faltaba. Su ceguera se había entrelazado tanto con su identidad que precedía a su propio nombre. Esto revela una verdad profunda sobre la naturaleza humana. Con frecuencia nos definimos a nosotros mismos y a los demás por debilidades visibles, experiencias dolorosas, fracasos o limitaciones, en lugar de por el propósito que Dios ha puesto dentro de nosotros. Bartimeo tenía un nombre que le había dado su padre, pero la sociedad lo reemplazó por una etiqueta. En vez de ver a un hombre creado a imagen de Dios, solo veían a un mendigo ciego sentado junto al camino.

Esta tendencia nunca ha sido propia de Dios. A lo largo de las Escrituras, el Señor siempre miró más allá de las apariencias externas para ver lo que nadie más podía ver. Cuando Samuel se presentó ante los hijos de Isaí buscando al próximo rey de Israel, todo instinto humano señalaba a Eliab. Se veía fuerte, maduro y con porte de rey, pero el Señor corrigió de inmediato la perspectiva de Samuel al declarar: «Porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón» (1 Samuel 16:7). La evaluación de Dios siempre ha sido distinta de la nuestra. Donde las personas ven limitaciones, Dios ve posibilidades. Donde otros ven quebranto, Él ve restauración. Donde el mundo ve fracaso, Dios ya ve redención. El cielo nunca ha definido a las personas por lo que son actualmente, sino por aquello en lo que su gracia puede transformarlas.

Esta verdad explica por qué Jesús sorprendía continuamente a los líderes religiosos de su época. Miraba a rudos pescadores y veía futuros apóstoles que cambiarían el mundo. Miraba a un despreciado cobrador de impuestos y veía a un evangelista. Miraba a Saulo, el perseguidor de la Iglesia, y veía a Pablo, el misionero que llevaría el evangelio por todo el Imperio Romano. Aun cuando otros veían a las personas a través del lente de su pecado o su vergüenza, Jesús miraba más profundo. Nunca excusó el pecado, pero tampoco permitió que el peor momento de una persona se convirtiera en su identidad permanente. Cada encuentro con Cristo les recordaba a las personas que su pasado no tenía por qué dictar su futuro.

Bartimeo, sin embargo, vivía bajo algo que le recordaba constantemente, tanto a él como a todos los que lo rodeaban, su condición. El manto que llevaba era más que una prenda de vestir. En aquella cultura, este tipo de vestimenta a menudo identificaba a un mendigo y comunicaba su lugar dentro de la sociedad. Antes de que Bartimeo dijera una sola palabra, su manto ya anunciaba quién creía la gente que era. Cada mañana se envolvía en la misma prenda, se sentaba en el mismo lugar, esperaba el mismo resultado y escuchaba las mismas voces que reforzaban la misma identidad. Con el tiempo, es fácil imaginar que el

manto ya no se sentía como ropa; se sentía como lo que él era. Lo que comenzó como algo que llevaba puesto terminó convirtiéndose en algo que creía sobre sí mismo.

El enemigo todavía obra de la misma manera hoy. Si Satanás no puede detener el llamado de Dios sobre nuestra vida, intentará convencernos de que nuestras luchas nos definen. Quiere que los creyentes lleven mantos invisibles tejidos de rechazo, temor, inseguridad, decepción, amargura, adicción, vergüenza o fracaso, hasta que esas experiencias se conviertan en el lente a través del cual interpretan cada promesa de Dios. Muchos cristianos creen sinceramente que han sido perdonados, y sin embargo siguen viviendo como si estuvieran condenados. Han aceptado la salvación de Dios, pero se resisten a aceptar la definición que Dios da de quiénes son ahora. Como Israel después de salir de Egipto, han dejado la esclavitud físicamente, pero la esclavitud nunca ha salido de su manera de pensar.

El apóstol Pablo nos recuerda que la salvación es mucho más que mejorar nuestro comportamiento. «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Corintios 5:17). Esto no es simplemente un cambio de hábitos; es la creación de una identidad completamente nueva. Dios no se limita a reparar a la persona vieja; crea una persona nueva. El desafío está en que, aunque Dios puede cambiar nuestra identidad en un instante, renovar nuestra mente a menudo se convierte en un camino de toda la vida. Muchos creyentes siguen pensando como prisioneros mucho después de que Cristo ha abierto la puerta de la prisión. Continúan presentándose a sí mismos por sus viejas heridas en lugar de por las promesas de Dios.

Por eso el manto se convierte en uno de los símbolos más significativos de la historia de Bartimeo. Antes de que Jesús sane sus ojos, Bartimeo termina arrojando la misma prenda que había representado su vieja identidad. Su sanidad no estaba en el manto, sino más allá de él. En ese único acto, demostró una fe que se negó a permitir que la identidad de ayer determinara el destino de mañana. La multitud todavía veía a un mendigo ciego, pero Bartimeo ya estaba respondiendo a la voz de Jesús como alguien cuya vida estaba a punto de cambiar para siempre.

Todo discípulo llega tarde o temprano a este mismo momento. Cristo nos llama a dejar a un lado todo lo que ha ocultado nuestra verdadera identidad en Él. Para algunos, el manto puede ser el temor. Para otros, puede ser la culpa, el orgullo, la decepción, la inseguridad o las opiniones de la gente. Sea lo que sea, no podemos seguir caminando hacia Jesús mientras nos aferramos a lo mismo que nos ha mantenido sentados junto al camino. El Señor nunca quiso que sus hijos fueran identificados por sus heridas, sino por su gracia transformadora. El mundo puede seguir recordando tus fracasos, tus circunstancias o tu pasado, pero el cielo te llama por la identidad que Dios te dio. Cada vez que Jesús pronuncia tu nombre, te está invitando a dejar atrás el manto que te cubría y a convertirte en la persona que Él siempre quiso que fueras.

CLOAKED

PARTE

**EL DISCERNIMIENTO COMIENZA AL ESCUCHAR LA
VOZ CORRECTA**

02

Uno de los detalles que Marcos enfatiza intencionalmente es que el milagro de Bartimeo no comenzó con lo que vio, sino con lo que escuchó. De hecho, ver no tuvo nada que ver con el inicio de su transformación, porque ver le era imposible. El primer paso hacia su milagro llegó a través de sus oídos. La Escritura dice: «Y oyendo que era Jesús nazareno, comenzó a dar voces...» (Marcos 10:47). Esa sola declaración revela un principio espiritual importante: antes de que Dios cambie nuestras circunstancias, muchas veces cambia primero lo que estamos escuchando. La ceguera física de Bartimeo le impedía reconocer a Jesús con sus ojos, pero su sensibilidad espiritual le permitió reconocer la importancia de aquel momento a través de su oído. Sus oídos se convirtieron en la puerta por la cual la fe entró a su corazón.

Esto no debería sorprendernos, porque Pablo enseña el mismo principio en Romanos 10:17: «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios». La fe siempre ha estado conectada al oír. Mucho antes de ver a Dios moverse, primero escuchamos su voz. Antes de que Abraham caminara hacia Canaán, escuchó a Dios llamarlo. Antes de que Moisés confrontara a Faraón, escuchó la voz que salía de la zarza ardiente. Antes de que Samuel se convirtiera en profeta, primero aprendió a reconocer la voz del Señor que decía: «Samuel, Samuel». A lo largo de las Escrituras, el pueblo de Dios fue transformado porque aprendió a distinguir su voz de entre todas las voces que competían a su alrededor.

Lo extraordinario de Bartimeo es que reconoció algo significativo en medio de un ruido tremendo. Marcos nos dice que había «una gran multitud». Las calles estaban abarrotadas. Había conversaciones por todas partes. Los pies se arrastraban por el camino, los mercaderes llamaban a sus clientes, los niños reían, los viajeros iban de un lugar a otro y la emoción llenaba el ambiente. Sin embargo, en algún lugar dentro de toda esa confusión, Bartimeo escuchó una frase que lo cambió todo: «Jesús nazareno pasa». Muchos escucharon las mismas palabras, pero solo un mendigo ciego entendió lo que realmente significaban.

Esa es la esencia del discernimiento bíblico. El discernimiento no es simplemente la capacidad de oír; es la capacidad de reconocer la voz que más importa. Cada día nuestra vida está llena de ruido. Los titulares de noticias compiten por nuestra atención. Las redes sociales ofrecen opiniones interminables. Los amigos dan consejos. Nuestras propias emociones hablan constantemente. El temor susurra. Las experiencias pasadas nos recuerdan decepciones anteriores. La carne aboga por la comodidad mientras el Espíritu nos llama a la obediencia. Vivir en esta generación requiere más que información; requiere discernimiento. Debemos aprender a separar la voz de Dios de todas las demás voces que exigen nuestra atención.

Jesús mismo describió esta relación entre el Pastor y sus ovejas. «Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen» (Juan 10:27). Note que Jesús no dijo que sus ovejas escuchan muchas voces por igual. Reconocen una voz por encima de todas las demás. Los pastores en el Medio Oriente solían apacentar varios rebaños juntos, pero cuando llegaba el momento de partir, cada pastor simplemente llamaba a sus ovejas. Aunque docenas de voces los rodeaban, cada oveja respondía solo a la voz del pastor en quien había aprendido a confiar. Esa relación se construía a través de la familiaridad diaria. Reconocían su tono porque habían pasado tiempo con él.

El mismo principio se aplica espiritualmente. El discernimiento no se produce por experiencias emocionales ocasionales; se desarrolla mediante una intimidad constante con Dios. Cuanto más tiempo pasamos en oración, en la Escritura, en adoración y en comunión silenciosa con el Señor, más fácil resulta reconocer cuándo Él está hablando. Por el contrario, cuando nuestra vida se ve consumida por el ruido del mundo, la voz de Dios no necesariamente se vuelve más tenue; más bien, nuestra capacidad para reconocerla se debilita. Rara vez el problema es la disposición de Dios para hablar. El problema es si hemos entrenado nuestros oídos espirituales para distinguir su voz de entre toda influencia que compite con ella.

Esto explica por qué Bartimeo respondió de manera diferente al resto. Muchos en la multitud veían a Jesús como otro maestro itinerante. Otros simplemente disfrutaban de la emoción de seguirlo de pueblo en pueblo. Algunos eran espectadores curiosos que esperaban presenciar otro milagro. Bartimeo, sin embargo, escuchó una oportunidad. Discernió que aquello no era simplemente otra multitud pasando por Jericó. El cielo mismo se había acercado. Lo que otros consideraban un día ordinario, Bartimeo lo reconoció como una cita divina. El discernimiento le permitió identificar el momento que Dios había preparado específicamente para él.

Aquí hay una lección importante para todo creyente. Dios a menudo se mueve calladamente antes de moverse públicamente. El Espíritu Santo comienza a hablar al corazón mucho antes de que las circunstancias empiecen a cambiar. Muchas personas pierden la dirección de Dios porque esperan que Él grite, mientras ignoran su suave susurro. Elías aprendió esta lección en el monte Horeb. El Señor no estaba en el viento, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en «un silbo apacible y delicado» (1 Reyes 19:12). Quienes buscan continuamente manifestaciones dramáticas pueden pasar por alto el suave impulso del Espíritu que dirige silenciosamente su vida cada día.

El enemigo también comprende la importancia de oír. Si no puede impedir que Dios hable, intentará ahogar la voz de Dios bajo la distracción. Satanás sabe que un creyente distraído se convierte en un creyente ineficaz. Por eso la Escritura nos advierte repetidamente que guardemos tanto nuestro corazón como nuestros oídos. Cada voz que continuamente entretenemos moldea nuestro pensamiento. Cada influencia que permitimos repetidamente en nuestra vida va formando poco a poco nuestra perspectiva. Con el tiempo, lo que escuchamos determina lo que creemos, y lo que creemos determina finalmente cómo vivimos.

Bartimeo nos enseña que el discernimiento comienza al reconocer la voz correcta en el momento correcto. Antes de que sus ojos fueran abiertos, sus oídos ya estaban sintonizados con la esperanza. Mientras la multitud se enfocaba en el ruido que rodeaba a Jesús, Bartimeo se enfocaba en Jesús mismo. Esa sola decisión cambió el rumbo de su vida para siempre. Todo creyente debe aprender esta misma disciplina. En un mundo desbordado de opiniones, distracciones, temores y mensajes que compiten entre sí, nuestra mayor necesidad no es simplemente escuchar más voces, sino reconocer la única voz que siempre nos guía a la verdad. Cuando aprendemos a escuchar claramente al Pastor, nunca confundiremos el ruido pasajero de la multitud con el llamado eterno de Dios.

PARTE

**EL DISCERNIMIENTO SE DESARROLLA, NO SE
DESCARGA**

03 CLOAKED

Uno de los mayores errores en torno al discernimiento es la creencia de que está reservado para un grupo selecto de personas espiritualmente dotadas. Muchos creyentes suponen que el discernimiento aparece de repente como una habilidad sobrenatural que permite a alguien reconocer instantáneamente la verdad del error, sin ningún crecimiento ni disciplina espiritual. Aunque el Espíritu Santo ciertamente reparte dones según su voluntad (1 Corintios 12:10), el discernimiento que el Pastor enfatizó en esta lección no es principalmente un don que llega de la noche a la mañana; es una facultad espiritual que madura a través de una relación de toda la vida con Dios. Las Escrituras enseñan que el discernimiento se cultiva, se fortalece y se refina mediante la obediencia continua, y no mediante una inspiración repentina.

El escritor de Hebreos explica este principio con notable claridad. «Pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal» (Hebreos 5:14). Note el lenguaje con cuidado. La Escritura no dice que los creyentes maduros recibieron discernimiento en un solo momento; dice que sus sentidos espirituales fueron «ejercitados». Esa palabra pinta la imagen de un entrenamiento deliberado. Así como los músculos se fortalecen mediante la resistencia repetida, el discernimiento espiritual se agudiza mediante la obediencia repetida. Dios desarrolla el discernimiento en aquellos que eligen constantemente su voz por encima de sus propios deseos.

Este principio se observa a lo largo de toda la Escritura. José no despertó una mañana con una sabiduría extraordinaria. Años de servir fielmente como esclavo, y luego como prisionero, lo prepararon para interpretar los sueños de Faraón. El discernimiento de David no se desarrolló cuando llegó a ser rey; se formó durante años solitarios cuidando ovejas, aprendiendo a confiar en Dios cuando nadie lo veía. La sabiduría de Daniel no comenzó en el palacio de Babilonia. Comenzó cuando en silencio determinó que no se contaminaría con la comida del rey. Antes de que Dios confiara a estos hombres influencia pública, primero desarrolló en ellos obediencia privada.

La vida cristiana sigue el mismo patrón. El discernimiento crece cada vez que elegimos la Escritura por encima de la opinión personal. Crece cuando respondemos con humildad a la corrección en lugar de defendernos. Crece cuando nos arrepentimos rápidamente después de la convicción, en lugar de justificar nuestras acciones. Crece cuando permanecemos fieles durante las temporadas de espera, en lugar de forzar puertas que Dios todavía no ha abierto. Cada acto de obediencia entrena los sentidos espirituales para reconocer con mayor claridad los caminos de Dios. Poco a poco, lo que antes parecía confuso comienza a volverse inconfundible, porque el creyente ha aprendido a reconocer el carácter y la voz de Dios.

Esto explica por qué la madurez espiritual no puede medirse simplemente por cuánto tiempo alguien ha asistido a la iglesia o cuánta información bíblica posee. Una persona puede conocer muchos versículos y aun así carecer de discernimiento si esas verdades nunca se han vivido. El conocimiento informa la mente, pero la obediencia transforma el corazón. Los fariseos podían citar las Escrituras mejor que nadie en Israel, y sin embargo fracasaron por completo en reconocer al Mesías que estaba frente a ellos. Su problema no era la ignorancia de la Biblia; era la ausencia de un corazón moldeado por la obediencia.

humilde. La información por sí sola nunca garantiza el discernimiento.

El Pastor señaló que el discernimiento se desarrolla mediante varias prácticas que Dios usa repetidamente para hacer madurar a su pueblo: la oración, la Escritura, el arrepentimiento, la corrección y la obediencia. Cada una de ellas requiere humildad. La oración nos enseña a escuchar antes de hablar. La Escritura confronta nuestras opiniones con la verdad de Dios. El arrepentimiento nos obliga a reconocer que somos capaces de equivocarnos. La corrección expone las áreas donde todavía queda orgullo. La obediencia nos enseña a confiar en la sabiduría de Dios por encima de nuestro propio entendimiento. Ninguna de estas experiencias es siempre cómoda, pero todas contribuyen a la formación del discernimiento espiritual.

Quizás una de las disciplinas más descuidadas en la cultura de hoy es recibir corrección. La sociedad moderna anima a las personas a proteger sus sentimientos a toda costa, pero la Escritura presenta constantemente la corrección como una expresión del amor de Dios. «Porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere» (Proverbios 3:12). Un creyente maduro no se resiente ante la corrección; la recibe con gusto porque entiende que Dios a menudo usa a otros para revelar puntos ciegos que él mismo no puede ver. El discernimiento crece cada vez que la humildad vence a la actitud defensiva.

De igual manera, el arrepentimiento agudiza el discernimiento porque realinea continuamente el corazón con Dios. El arrepentimiento es mucho más que confesar pecados aislados. Es un ajuste constante de nuestros pensamientos, actitudes, motivos y deseos. Cada vez que le pedimos sinceramente al Señor que escudriñe nuestro corazón, nos volvemos más sensibles a su Espíritu. David oró: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos» (Salmo 139:23). Esa oración refleja una madurez espiritual genuina. La persona que busca discernimiento no le está pidiendo a Dios, principalmente, que exponga las faltas de los demás; le está pidiendo que revele las suyas propias.

A medida que el discernimiento madura, los creyentes también comienzan a reconocer la diferencia entre la convicción y la condenación. La convicción es la obra suave del Espíritu Santo que nos lleva al arrepentimiento y la restauración. La condenación, en cambio, es la voz del enemigo que produce vergüenza sin esperanza. Ambas pueden exponer el pecado, pero conducen en direcciones opuestas. La convicción siempre nos señala hacia Cristo, mientras que la condenación nos aleja de Él. Solo un corazón entrenado a través de la intimidad con Dios aprende a distinguir entre estas dos voces.

La verdad alentadora es que todo creyente puede crecer en discernimiento. Dios no reserva la madurez espiritual únicamente para pastores, maestros o profetas. Santiago escribe: «Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente» (Santiago 1:5). El Señor se deleita en dar sabiduría a quienes la buscan sinceramente. El discernimiento no es la recompensa de una élite espiritual; es el fruto de un discipulado fiel. A medida que caminamos a diario con Cristo, sometiéndonos a su Palabra y rindiéndonos a la obra de su Espíritu, nuestros sentidos espirituales se vuelven cada vez más capaces de distinguir la verdad del error, la sabiduría de la necedad, y la voz de Dios de toda influencia que compite con ella. Como los músculos que se fortalecen mediante el ejercicio constante, el discernimiento se hace más fuerte cada vez que elegimos la obediencia por encima de

nuestra propia voluntad, hasta que reconocer la dirección de Dios se convierte en la respuesta natural de un corazón entrenado por su presencia.

PARTE

LA DIFERENCIA ENTRE EL DISCERNIMIENTO Y LA SOSPECHA

04

Una de las verdades más prácticas de esta lección es la distinción que hace el Pastor entre el discernimiento y la sospecha. Aunque estas dos actitudes puedan parecer similares en la superficie, en realidad nacen de fuentes completamente distintas y producen resultados completamente distintos. Muchos cristianos sinceros creen estar operando en discernimiento cuando, en realidad, simplemente están permitiendo que el temor, las heridas pasadas o las suposiciones personales moldeen la manera en que interpretan a las personas y las circunstancias. Como tanto el discernimiento como la sospecha afirman «ver más allá de la superficie», es fácil confundirlos. Sin embargo, la Escritura enseña que uno es producido por el Espíritu Santo, mientras que el otro es producido por la naturaleza caída del hombre.

El Pastor resumió esta diferencia con dos definiciones poderosas. Dijo: «La sospecha es el temor buscando evidencia, mientras que el discernimiento es la verdad moderada por el Espíritu». Estas dos declaraciones merecen una meditación cuidadosa. La sospecha comienza con una conclusión y luego busca hechos que la respalden. El discernimiento comienza con humildad y permite que el Espíritu Santo revele la verdad en su tiempo. La sospecha asume motivos antes de que exista evidencia. El discernimiento examina pacientemente el fruto antes de llegar a una conclusión. Uno opera desde la ansiedad; el otro opera desde la intimidad con Dios.

Esta distinción es especialmente importante porque la sospecha a menudo se disfraza de madurez espiritual. Alguien puede decir: «Simplemente tengo un presentimiento sobre esa persona», o «El Señor me mostró que algo no está bien». Aunque ciertamente hay momentos en los que el Espíritu Santo genuinamente advierte a su pueblo, no todo sentimiento proviene de Dios. A veces lo que llamamos discernimiento es simplemente la voz de una vieja herida hablando más fuerte que la voz del Espíritu Santo. Una traición dolorosa en el pasado puede hacernos sospechar de personas confiables en el presente. Decepciones anteriores pueden hacernos anticipar un fracaso donde no existe ninguno. Sin darnos cuenta, comenzamos a interpretar las relaciones de hoy a través de las heridas de ayer.

La Biblia advierte repetidamente contra el juzgar los motivos prematuramente. Jesús mismo ordenó: «No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio» (Juan 7:24). Note que Jesús no eliminó el juicio por completo; más bien, transformó la manera en que los creyentes deben juzgar. El juicio justo se niega a detenerse en las apariencias. Busca la verdad en lugar de las suposiciones. Escucha antes de hablar. Espera antes de acusar. Permite que Dios exponga lo que los ojos humanos no pueden ver de inmediato. El discernimiento nunca es impulsivo, porque Dios mismo nunca es imprudente con la verdad.

El apóstol Pablo demostró este espíritu al escribir a los corintios. Declaró: «Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones» (1 Corintios 4:5). Pablo entendía que los motivos le pertenecen a Dios. Los seres humanos pueden evaluar acciones, observar el fruto y aplicar principios bíblicos, pero solo el Señor conoce perfectamente las intenciones del corazón. La sospecha olvida esta verdad y asigna motivos con confianza donde solo Dios posee conocimiento completo.

Por eso la Escritura enseña repetidamente a los creyentes a evaluar el fruto y no las personalidades. Jesús dijo: «Por sus frutos los conoceréis» (Mateo 7:16). El fruto se desarrolla con el tiempo. No puede evaluarse con precisión en una sola conversación o en un momento aislado. Un árbol no se juzga por una

hoja, sino por la cosecha constante que produce temporada tras temporada. De igual manera, el discernimiento espiritual observa pacientemente los patrones de humildad, fidelidad, arrepentimiento y obediencia. La sospecha, en cambio, llega a conclusiones de inmediato. Ve una acción, escucha un comentario, presencia un error, y rápidamente construye toda una narrativa sobre el carácter de otra persona.

Quizás en ningún lugar se muestra este contraste de manera más hermosa que en el ministerio de Jesús. Los líderes religiosos constantemente veían a las personas con ojos de sospecha. Cuestionaban los motivos de los discípulos de Cristo por comer en sábado. Criticaban a Jesús por comer con publicanos y pecadores. Condenaron a la mujer que lavó sus pies antes siquiera de considerar la sinceridad de su arrepentimiento. Sus corazones se habían llenado tanto de sospecha que ya no podían reconocer la gracia que tenían delante. Jesús, en cambio, miraba más allá de las apariencias. Veía fe genuina donde otros solo veían fracaso. Reconocía arrepentimiento sincero donde otros solo veían vergüenza. Discernía los corazones en lugar de simplemente reaccionar a las circunstancias.

El peligro de la sospecha no es simplemente que daña las relaciones; también distorsiona nuestra propia percepción espiritual. Un corazón suspicaz termina perdiendo la capacidad de confiar, gozarse y esperar. El temor se convierte en el lente a través del cual se interpreta cada conversación, decisión y relación. Las personas comienzan a esperar la traición antes siquiera de que se establezca la confianza. Cada desacuerdo se ve como rebelión. Cada corrección se percibe como un rechazo personal. Cada situación desconocida se convierte en motivo de ansiedad. Con el tiempo, la sospecha termina aprisionando a la misma persona que cree estar protegiéndose.

En cambio, el discernimiento produce paz porque descansa en la soberanía de Dios. Un creyente discernidor no siente la necesidad de conocer cada detalle oculto ni de exponer cada problema percibido. Confía en que Dios es plenamente capaz de revelar la verdad en el momento apropiado. Esa confianza lo libera para amar a las personas sin volverse ingenuo, para extender gracia sin abandonar la sabiduría, y para permanecer humilde sin dejar de sostenerse firmemente sobre la verdad bíblica. El discernimiento ni ignora el peligro ni lo exagera. Simplemente responde conforme a la dirección del Espíritu Santo.

Juan da a la Iglesia una instrucción importante respecto al discernimiento cuando escribe: «Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios» (1 Juan 4:1). El mandato no es volverse cínico, sino volverse discernidor. Hay una diferencia enorme. El cinismo espera engaño en todas partes, mientras que el discernimiento simplemente pone todo a prueba conforme a la Palabra de Dios. El creyente maduro no se vuelve ingenuo, pero tampoco se vuelve suspicaz de todos los que conoce. Más bien, permite que la Escritura, la oración y el testimonio del Espíritu Santo guíen sus conclusiones.

En última instancia, el corazón del discernimiento es el amor gobernado por la verdad. La sospecha busca razones para desconfiar, mientras que el discernimiento busca la perspectiva de Dios. La sospecha construye muros que aíslan a las personas unas de otras, pero el discernimiento construye sabiduría que protege las relaciones sin destruirlas. Cuando nuestro corazón está rendido a Cristo, dejamos de preguntar: «¿Cómo puedo demostrar que tengo la razón?», y comenzamos a preguntar: «Señor, ayúdame a ver esta situación como Tú la ves». Esa oración marca el comienzo del verdadero

discernimiento espiritual, porque el propósito del discernimiento nunca ha sido convertirnos en expertos en exponer a las personas. Su propósito es conocer a Dios tan íntimamente que su sabiduría se convierta en el lente a través del cual vemos todo lo demás.

PARTE

JESÚS NUNCA JUZGÓ POR LAS APARIENCIAS

05

Una de las declaraciones más profundas de la profecía de Isaías sobre el Mesías que había de venir se encuentra en Isaías 11. Hablando cientos de años antes del nacimiento de Cristo, el profeta describe las características que distinguirían el ministerio de Jesús de todo gobernante terrenal que lo hubiera precedido. Después de describir el Espíritu de sabiduría, entendimiento, consejo, poder, conocimiento y temor de Jehová que reposaría sobre Él, Isaías escribe estas notables palabras: «No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos» (Isaías 11:3). Este versículo revela el corazón mismo del discernimiento bíblico. Jesús no formaría conclusiones basándose meramente en lo que podía ver o en lo que podía oír. Sus juicios fluirían de una comunión perfecta con el Padre, y no de las apariencias externas.

Esta verdad desafía una de las tendencias más fuertes de nuestra naturaleza caída. Los seres humanos evalúan naturalmente a las personas por evidencia visible. Nos dejamos influenciar por las apariencias, las reputaciones, las personalidades, las emociones y la opinión pública. Muchas veces decidimos si confiamos en alguien a los pocos minutos de conocerlo. A veces admiramos a ciertas personas simplemente porque hablan con confianza o poseen talentos impresionantes. Otras veces nos alejamos silenciosamente de la gente por su apariencia, su procedencia o las opiniones que hemos escuchado de otros. Sin darnos cuenta, nos convertimos en jueces de las apariencias externas mucho antes de conocer la condición del corazón de una persona.

Jesús se negó constantemente a vivir de esa manera. A lo largo de su ministerio, vio repetidamente lo que nadie más podía ver. Cuando Natanael se le acercó, Jesús reconoció de inmediato un corazón honesto oculto bajo el escepticismo. «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño» (Juan 1:47). Cuando todos los demás veían a un despreciado cobrador de impuestos subido a un sicómoro, Jesús vio a un hombre cuyo corazón tenía hambre de verdad. En lugar de condenar a Zaqueo, se invitó a sí mismo a su casa, sabiendo que un solo encuentro con la gracia lograría lo que años de rechazo público jamás podrían lograr. De igual manera, cuando la mujer sorprendida en adulterio fue arrojada ante Él por los líderes religiosos que exigían juicio, Jesús vio más que su pecado. Vio un alma capaz de arrepentimiento y restauración. Sus famosas palabras, «Ni yo te condeno; vete, y no peques más» (Juan 8:11), demuestran la santidad y la misericordia perfectamente unidas.

Los líderes religiosos, sin embargo, operaban de manera muy distinta. Sus conclusiones casi siempre se basaban en las apariencias. Criticaban a Jesús por comer con pecadores porque las apariencias sugerían transigencia. Rechazaban sus milagros porque las apariencias desafiaban sus tradiciones. Despreciaban a sus discípulos porque las apariencias no coincidían con sus expectativas de grandeza religiosa. Irónicamente, aunque se creían expertos en asuntos espirituales, fracasaron por completo en reconocer al Hijo de Dios que estaba frente a ellos. Su incapacidad para discernir a Cristo no fue causada por falta de conocimiento, sino por depender de la evaluación externa en lugar de la percepción espiritual.

Samuel vivió una lección similar siglos antes, cuando se presentó ante los hijos de Isaí buscando al próximo rey de Israel. Eliab tenía la estatura, la fuerza y la apariencia de un líder, y Samuel de inmediato supuso que debía ser el elegido de Dios. Pero el Señor interrumpió su razonamiento al declarar: «No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura... porque Jehová no mira lo que mira el hombre» (1

Samuel 16:7). David, el hijo menor, fue pasado por alto por todos, excepto por Dios. Mientras otros evaluaban la estatura física, Dios evaluaba el carácter espiritual. Este principio nunca ha cambiado. El cielo continuamente mira más allá de lo que impresiona a la humanidad.

El Pastor enfatizó una aplicación que la Iglesia necesita profundamente hoy: un creyente lleno del Espíritu nunca debería dejarse gobernar por las primeras impresiones. Esa afirmación merece una reflexión cuidadosa. Muchas relaciones se han dañado porque las personas formaron conclusiones demasiado rápido. A veces decidimos que no nos agrada alguien antes siquiera de hablarle, por algo que escuchamos. Otras veces permitimos que las redes sociales, los rumores o las opiniones de segunda mano moldeen nuestra percepción de personas que en realidad nunca hemos conocido. La profecía de Isaías nos recuerda que ese nunca fue el espíritu de Cristo. Si Jesús se negó a juzgar según lo que veían sus ojos naturales u oían sus oídos, ¿cuánto más deberíamos nosotros tener cuidado antes de formar opiniones sobre los demás?

Esta lección se vuelve especialmente significativa cuando volvemos a Bartimeo. Todos los que pasaban por Jericó veían lo mismo: un mendigo ciego envuelto en un manto, sentado junto al camino. La mayoría pasaba de largo porque las apariencias sugerían que nada cambiaría jamás. Para la multitud, Bartimeo representaba a otro hombre olvidado, dependiente de la caridad. Sin embargo, Jesús vio algo completamente distinto. No vio simplemente a un hombre ciego; vio a un creyente cuya fe era mayor que el desánimo que lo rodeaba. Mientras la multitud intentaba silenciar a Bartimeo, Jesús se detuvo y lo llamó. La diferencia no estaba en Bartimeo; la diferencia estaba en cómo era percibido.

De igual manera, el propio Bartimeo enfrentó la tentación de juzgar por lo que oía. La multitud lo reprendía y le exigía que guardara silencio. Cada voz a su alrededor sugería que era indigno de la atención de Jesús. Si Bartimeo hubiera aceptado el juicio de la multitud, habría permanecido junto al camino para siempre. En cambio, se negó a permitir que las opiniones de los demás se convirtieran en la autoridad sobre su futuro. Clamó aún más fuerte porque entendía algo que la multitud no entendía: la voz de Cristo tenía más autoridad que la crítica de la gente. La fe le permitió escuchar más allá del ruido del rechazo y responder a la invitación de la gracia.

Este principio sigue siendo esencial para los creyentes de hoy. No podemos permitirnos ser prisioneros de la opinión pública. La cultura moderna presiona constantemente a las personas a aceptar lo que cree la mayoría. Los titulares de noticias, las tendencias en redes sociales y las voces populares a menudo moldean las percepciones mucho antes de que se conozcan los hechos. Sin embargo, el discípulo de Jesús está llamado a un estándar más alto. En lugar de reaccionar a las apariencias, estamos llamados a buscar la mente de Cristo. En lugar de aceptar cada rumor, se nos manda poner todo a prueba conforme a la Escritura. En lugar de juzgar apresuradamente, se nos instruye a permitir que el amor, la verdad y el Espíritu Santo gobiernen nuestras conclusiones.

El apóstol Pablo lo expresa hermosamente cuando escribe: «De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne» (2 Corintios 5:16). En Cristo, los creyentes aprenden a ver a las personas a través del lente de la redención y no de la reputación. Reconocemos que cada persona que encontramos es alguien por quien Cristo murió. El adicto puede llegar a ser predicador. El escéptico

puede llegar a ser evangelista. La familia quebrantada puede convertirse en un testimonio del poder restaurador de Dios. El discernimiento se niega a encerrar a las personas dentro de su condición actual, porque entiende que la gracia de Dios siempre es capaz de escribir un final diferente.

Cuando comenzamos a ver a las personas como Jesús las ve, nuestras relaciones cambian. El orgullo da paso a la humildad. La crítica da paso a la compasión. Las suposiciones dan paso a la paciencia. En lugar de preguntar: «¿Qué veo yo?», comenzamos a preguntar: «Señor, ¿qué ves Tú?». Esa sola pregunta transforma la manera en que vemos a nuestras familias, nuestras iglesias, nuestras comunidades e incluso a nosotros mismos. El verdadero discernimiento no solo expone lo que es visible; aprende a reconocer la obra de Dios que muchas veces está oculta bajo la superficie. Como nuestro Salvador, nos convertimos en personas que se niegan a juzgar simplemente por lo que observan sus ojos o reciben sus oídos, y eligen en cambio caminar conforme a la sabiduría que viene de lo alto.

CLOAKED

PARTE

EL TEMOR DE JEHOVÁ ES EL FUNDAMENTO DEL DISCERNIMIENTO

06

Mientras Isaías continúa describiendo el carácter del Mesías que había de venir, revela algo que a menudo sorprende a los lectores modernos. Antes de hablar de la sabiduría, el juicio o el discernimiento de Jesús, Isaías enfatiza repetidamente el temor de Jehová. Escribe: «Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová. Y le hará entender diligente en el temor de Jehová» (Isaías 11:2-3). En otras palabras, el discernimiento no comienza con la inteligencia ni con la experiencia; comienza con la reverencia. La capacidad de juzgar correctamente está enraizada en un corazón que primero se inclina humildemente ante Dios.

La Biblia presenta esta verdad de manera constante, de principio a fin. Salomón declaró: «El principio de la sabiduría es el temor de Jehová» (Proverbios 9:10). No dijo que fuera simplemente un ingrediente más entre muchos; lo llamó el principio. Toda otra forma de sabiduría debe descansar sobre este fundamento. Una persona puede poseer una educación notable, años de experiencia ministerial o una habilidad natural extraordinaria, y aun así carecer de verdadero discernimiento si primero no posee una profunda reverencia por Dios. El temor de Jehová no es un espíritu de terror que nos hace huir de Dios. Más bien, es una conciencia santa de su majestad que nos lleva a someter cada pensamiento, opinión y deseo a su autoridad. Es el reconocimiento de que su juicio es infinitamente más confiable que el nuestro.

Precisamente por esto el Pastor enseñó que el discernimiento comienza cuando deseamos el juicio de Dios más que el nuestro propio. Esa declaración golpea el corazón mismo del orgullo humano. Nuestra tendencia natural es confiar en nosotros mismos. Suponemos que nuestra perspectiva es acertada, que nuestras conclusiones son justas y que nuestros instintos son confiables. Sin embargo, la Palabra de Dios advierte repetidamente contra esa confianza. Proverbios 3:5-6 nos instruye: «Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas». El mayor obstáculo para el discernimiento muchas veces no es la ignorancia, sino la autoconfianza. Cuando nos convencemos de que nuestras propias conclusiones siempre son correctas, dejamos muy poco espacio para que Dios corrija nuestro pensamiento.

El temor de Jehová produce humildad porque nos recuerda continuamente que no vemos todo lo que Dios ve. Nuestro conocimiento es limitado, nuestras emociones son imperfectas y nuestras experiencias a menudo influyen en nuestros juicios más de lo que nos damos cuenta. Solo Dios posee un entendimiento completo. Isaías nos recuerda más adelante: «Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová» (Isaías 55:8). Cada vez que reconocemos esa verdad, la humildad crece dentro de nosotros. El discernimiento florece donde hay humildad, porque las personas humildes permanecen enseñables. Están dispuestas a detenerse, orar, buscar consejo y esperar en el Señor antes de llegar a conclusiones.

Esta actitud se ve hermosamente reflejada en la vida del rey Salomón. Cuando Dios se le apareció y le ofreció cualquier cosa que deseara, Salomón podría haber pedido poder militar, riquezas, larga vida o victoria sobre sus enemigos. En cambio, oró: «Da, pues, a tu siervo corazón entendido para juzgar a tu pueblo, y para discernir entre lo bueno y lo malo» (1 Reyes 3:9). Salomón entendía que el liderazgo sin discernimiento se vuelve peligroso. Más importante aún, reconoció que el discernimiento no podía

fabricarse solo con el intelecto humano. Tenía que recibirse de Dios. Su petición agradó al Señor porque reflejaba un corazón más interesado en servir fielmente que en promoverse a sí mismo.

Esta misma actitud debería caracterizar a todo creyente. En lugar de pedirle a Dios que confirme nuestras opiniones, deberíamos pedirle que las transforme. En lugar de orar: «Señor, demuestra que tengo la razón», nuestra oración debería convertirse en: «Señor, revela en qué estoy equivocado». Ese es el lenguaje de alguien que teme a Dios. La reverencia reemplaza la autodefensa con la disposición a aprender. Valora la verdad por encima del orgullo personal. Desea la obediencia más que la reivindicación. Un corazón así se convierte en tierra fértil para el discernimiento espiritual genuino, porque está dispuesto a rendirse cada vez que la Escritura expone áreas que necesitan corrección.

El Pastor también advirtió sobre un peligro sutil que a menudo acompaña las conversaciones sobre el discernimiento: la tentación de buscar discernimiento para sentirse espiritualmente superior. Algunas personas desean el discernimiento porque disfrutan exponer las faltas de los demás. Quieren identificar motivos ocultos, descubrir fracasos o demostrar que poseen una percepción espiritual especial. Sin embargo, ese espíritu se parece poco a Cristo. Jesús nunca ejerció el discernimiento para exaltarse a sí mismo ni para humillar a las personas. Cada acto de su discernimiento sirvió a los propósitos de la redención, la restauración y la verdad. Cuando el discernimiento se convierte en fuente de orgullo, ya ha dejado de ser discernimiento bíblico.

Los dones del Espíritu ilustran este principio con claridad. El Espíritu Santo reparte los dones según su voluntad, pero cada don tiene el propósito de glorificar a Cristo, y no a la persona que lo recibe. Pablo les recuerda a los corintios que los dones espirituales se dan «para provecho» (1 Corintios 12:7), es decir, para el beneficio de todo el cuerpo de Cristo. Una palabra profética, una palabra de sabiduría o el discernimiento de espíritus nunca son una insignia de estatus espiritual. Son una mayordomía sagrada confiada a siervos humildes que reconocen que cada don le pertenece únicamente a Dios. Cada vez que la humildad desaparece, los dones espirituales se distorsionan por el orgullo humano.

El temor de Jehová nos protege de este peligro porque redirige constantemente nuestra atención de vuelta hacia Dios. Un corazón reverente no está fascinado con aparentar espiritualidad; está consumido en agradar al Señor. No busca el discernimiento para impresionar a otros, sino para obedecer con mayor fidelidad. Un creyente así entiende que la mayor evidencia de madurez no es cuánto conocimiento oculto posee, sino con cuánta fidelidad camina en simple obediencia a la Palabra de Dios. La reverencia mantiene puro el discernimiento porque nos recuerda constantemente que cada revelación que recibimos es un regalo de gracia y no un motivo de autoexaltación.

En última instancia, el temor de Jehová produce una vida que permanece sensible a la voz de Dios, porque nunca pierde de vista su santidad. Nos enseña a acercarnos a cada decisión, cada relación y cada oportunidad con una dependencia orada en lugar de una confianza imprudente. En lugar de suponer que ya conocemos la respuesta, nos detenemos lo suficiente para preguntar: «Señor, ¿qué deseas Tú?». Esa pregunta se convierte en el principio de la sabiduría, porque coloca la voluntad de Dios por encima de la nuestra. Cuando la reverencia gobierna el corazón, el discernimiento surge de manera natural. Una persona que verdaderamente teme a Dios ya no confía en su propio juicio por encima de todo; más bien,

somete con gusto cada pensamiento a Aquel cuya sabiduría nunca ha fallado y cuyos juicios siempre son justos.

PARTE

LA PRIMERA PERSONA QUE DEBEMOS DISCERNIR SOMOS NOSOTROS MISMOS

07 CLOAKED

Uno de los aspectos más pasados por alto del discernimiento espiritual es que su propósito principal no es exponer las debilidades de los demás, sino revelar la verdadera condición de nuestro propio corazón. Muchas personas asocian el discernimiento con identificar doctrinas falsas, reconocer el engaño o evaluar los motivos de quienes los rodean. Aunque el discernimiento ciertamente incluye esas responsabilidades, el Pastor nos recordó que la Escritura constantemente nos señala primero en otra dirección. Antes de que el discernimiento se dirija hacia afuera, primero debe dirigirse hacia adentro. La primera persona que todo creyente debe aprender a discernir es a sí mismo.

Esta verdad está entretejida a lo largo de toda la Biblia. David, un hombre conforme al corazón de Dios, no oró: «Señor, muéstrame los problemas de todos los demás». En cambio, hizo una de las oraciones más humillantes jamás registradas: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno» (Salmo 139:23-24). David comprendía que el mayor peligro para su caminar con Dios no siempre eran los enemigos que lo rodeaban, sino la condición de su propio corazón. Reconocía que sin la luz escudriñadora de Dios, los motivos ocultos, el orgullo, el temor y el autoengaño podían crecer silenciosamente bajo la superficie sin ser notados en absoluto.

El profeta Jeremías refuerza esta realidad aleccionadora cuando escribe: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?» (Jeremías 17:9). Pocos versículos desafían tanto al orgullo humano como este. Nuestro propio corazón es capaz de convencernos de que los motivos equivocados son justos, de que las ambiciones egoístas son deseos espirituales, y de que las reacciones emocionales son en realidad la dirección de Dios. Dejados a nosotros mismos, a menudo somos malos jueces de nuestra propia condición, porque nuestro corazón busca naturalmente justificarse a sí mismo. Por eso el discernimiento comienza con la humildad. Debemos reconocer que somos capaces de malinterpretar nuestros propios motivos, a menos que Dios los revele con su gracia.

A lo largo de las Escrituras encontramos ejemplos de personas que poseían un conocimiento espiritual impresionante mientras permanecían ciegas a su propia condición. Los fariseos podían identificar con precisión los pecados de los demás, pero fracasaban por completo en reconocer su propia hipocresía. Jesús expuso repetidamente esta contradicción al preguntar: «¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?» (Mateo 7:3). Su ilustración es inolvidable. Un hombre que intenta quitar una pequeña astilla del ojo de otra persona mientras carga una viga enorme en su propia visión no puede ver con claridad. El problema no era que la corrección fuera innecesaria, sino que el examen propio siempre debe venir primero. Solo los corazones que han sido humillados delante de Dios son capaces de ayudar a otros con gracia y sabiduría.

Este principio transforma la manera en que nos acercamos a la oración. En lugar de pedirle constantemente a Dios que exponga los fracasos de todos los demás, los creyentes maduros comienzan a hacerse preguntas mucho más profundas. ¿Por qué esa situación me ofendió tan rápido? ¿Por qué reacciono continuamente con temor en lugar de fe? ¿Por qué anhelo reconocimiento? ¿Por qué la corrección me incomoda? ¿Por qué resisto ciertas convicciones bíblicas mientras acepto otras? Estas no son simplemente preguntas psicológicas; son preguntas espirituales. Invitan al Espíritu Santo a revelar

áreas ocultas donde todavía se necesita transformación.

El Pastor nos retó con otra distinción importante al preguntar si lo que llamamos discernimiento a veces no es más que nuestras propias heridas hablando. Esta es una pregunta que todo creyente debería considerar en oración. Una persona que ha experimentado traición puede comenzar a desconfiar de todos los que la rodean. Alguien que ha sufrido rechazo puede interpretar cada desacuerdo como un abandono personal. Decepciones anteriores pueden hacernos esperar el fracaso incluso antes de que Dios haya comenzado a moverse. Sin darnos cuenta, comenzamos a filtrar las circunstancias presentes a través del dolor no resuelto del pasado. Lo que se siente como discernimiento en realidad puede ser una herida sin resolver buscando confirmación.

El apóstol Pablo ofrece un excelente ejemplo de lo que es el autodiscernimiento en la práctica. Al escribir a los corintios, instruye a los creyentes: «Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos» (2 Corintios 13:5). Note que Pablo no comienza diciéndoles que se examinen unos a otros. Coloca la responsabilidad sobre cada individuo de evaluar honestamente su propia condición espiritual. La madurez espiritual se distingue por la disposición a invitar el examen de Dios, en lugar de estar constantemente examinando a los demás. Los cristianos más saludables suelen ser aquellos que pasan menos tiempo criticando a otros, porque continuamente permiten que el Espíritu Santo refine su propio corazón.

Esta obra interior del discernimiento también nos protege de malinterpretar la voz de Dios. A veces los creyentes desean algo sinceramente y se convencen de que Dios también debe desearlo. Otras veces resistimos la dirección de Dios porque la obediencia amenaza nuestra comodidad o desafía nuestras preferencias. El Pastor compartió de su propia vida cuánto le costó discernir la dirección de Dios cuando una frustración sin resolver nublabla su perspectiva. No era que Dios hubiera dejado de hablar. Más bien, sus emociones internas dificultaban escuchar con claridad. Solo después de confrontar honestamente su propia actitud delante del Señor, la dirección de Dios se volvió inconfundible. Ese testimonio nos recuerda que la confusión espiritual no siempre es causada por el silencio de Dios. Muchas veces es causada por el ruido dentro de nuestro propio corazón.

El autodiscernimiento requiere una honestidad extraordinaria, porque nos pide rendir incluso nuestras suposiciones más apreciadas. Nos obliga a admitir que nuestras emociones no siempre son confiables, que nuestras primeras reacciones no siempre son justas, y que nuestros deseos no siempre están alineados con la voluntad de Dios. Sin embargo, este tipo de honestidad no tiene la intención de producir condenación. Al contrario, abre la puerta a la sanidad. Cuando el Espíritu Santo expone motivos ocultos, lo hace como un Padre amoroso que desea la restauración y no la vergüenza. La convicción siempre nos señala hacia la libertad, porque Dios nunca revela nuestro corazón simplemente para avergonzarnos; lo revela para poder transformarlo.

A medida que los creyentes maduran, esta oración se convierte gradualmente en parte regular de la vida diaria: «Señor, muéstrame quién soy». Antes de pedirle a Dios que cambie circunstancias difíciles, comenzamos a pedirle que nos cambie a nosotros. Antes de orar para que otros crezcan, oramos para volvernos más humildes, más obedientes, más pacientes y más semejantes a Cristo. Esta es la obra del

verdadero discernimiento. Hace brillar la luz de la Palabra de Dios en los lugares ocultos del alma, hasta que cada motivo, cada ambición, cada temor y cada deseo quede sometido a Cristo. Solo entonces estamos preparados para ver a los demás con la misma misericordia y gracia que Dios continuamente nos ha extendido a nosotros. Porque el creyente que aprende a discernir primero su propio corazón será mucho menos propenso a juzgar a otros con dureza y mucho más propenso a reflejar la compasión y la sabiduría de Jesucristo.

PARTE

NO TODA PUERTA ABIERTA VIENE DE DIOS

08

Uno de los mayores peligros que enfrentan los creyentes es suponer que toda oportunidad es automáticamente la voluntad de Dios simplemente porque parece buena. A menudo oramos por puertas abiertas, creyendo que si algo se hace disponible, Dios debe estar dirigiéndonos hacia ello. Sin embargo, la Escritura enseña repetidamente que no toda invitación se origina en Dios. Algunas oportunidades son citas divinas, mientras que otras son distracciones cuidadosamente diseñadas. La madurez espiritual no se demuestra por nuestra capacidad de reconocer que una puerta está abierta, sino por nuestra capacidad de discernir quién la abrió.

El Pastor ilustró este principio a través de la experiencia de Nehemías. Después de años de carga por Jerusalén, Nehemías finalmente había comenzado a reconstruir las murallas de la ciudad. La obra avanzaba, el pueblo estaba unido, y los enemigos que rodeaban Jerusalén se dieron cuenta de que ya no podían detener el proyecto solo con intimidación. Cambiaron de estrategia. En lugar de atacar a Nehemías directamente, intentaron alejarlo de su tarea. Lo invitaron repetidamente a reunirse con ellos bajo circunstancias que parecían pacíficas. Su invitación sonaba razonable. Sonaba diplomática. Incluso parecía ofrecer una oportunidad para resolver el conflicto. Sin embargo, Nehemías reconoció algo más profundo que la invitación misma.

La Escritura registra su respuesta con notable sencillez: «Y he aquí que Dios no lo había enviado» (Nehemías 6:12). Estas pocas palabras revelan el corazón del discernimiento. Nehemías no estaba evaluando si la invitación sonaba agradable; se estaba preguntando si Dios la había enviado. El asunto nunca fue si la reunión parecía beneficiosa. La verdadera pregunta era si aceptar la invitación lo acercaría al propósito de Dios o lo alejaría de él. El discernimiento le permitió a Nehemías reconocer que detrás de una oportunidad aparentemente inofensiva había un intento de alejarlo de la obra que Dios le había confiado.

Anteriormente en el capítulo, Nehemías ya había respondido a sus enemigos con una de las declaraciones más poderosas de enfoque espiritual que se encuentran en toda la Escritura: «Yo hago una gran obra, y no puedo ir» (Nehemías 6:3). Su respuesta no estaba enraizada en arrogancia, sino en claridad. Entendía su tarea. Porque sabía para qué lo había llamado Dios, también sabía para qué no lo había llamado. Ese es uno de los mayores beneficios del discernimiento. Le da a los creyentes el valor de decir no incluso a oportunidades que parecen atractivas, cuando esas oportunidades los distraerían de su propósito divino.

Esta lección es increíblemente relevante porque Satanás a menudo prefiere la distracción antes que la oposición directa. Si la persecución no puede detener al pueblo de Dios, la distracción frecuentemente sí puede. El enemigo entiende que un creyente no tiene que abandonar a Dios por completo para volverse ineficaz. A veces lo único que debe hacer es preocuparlo con cosas de menor importancia. Una vida llena de buenas actividades todavía puede perderse lo mejor de Dios si esas actividades reemplazan silenciosamente la tarea que Él ha dado. Por eso el discernimiento no es simplemente la capacidad de distinguir entre el bien y el mal. Muchas veces es la capacidad de distinguir entre lo bueno y lo mejor, entre lo que es meramente permisible y lo que en realidad es provechoso para el Reino de Dios.

El apóstol Pablo expresó este principio cuando escribió: «Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen» (1 Corintios 6:12). Pablo enseñaba que no toda actividad permisible es beneficiosa. Los creyentes maduros hacen preguntas más profundas que simplemente: «¿Es esto un pecado?». Comienzan a preguntar: «¿Esto fortalecerá mi relación con Cristo? ¿Esto me ayudará a cumplir mi llamado? ¿Esto me acercará al propósito de Dios, o consumirá silenciosamente el tiempo, la energía y la atención que le pertenecen a Él?». Esas preguntas reflejan un corazón que valora la tarea de Dios por encima de la conveniencia personal.

Esta verdad también explica por qué Hebreos anima a los creyentes a despojarse no solo del pecado, sino también de cargas innecesarias. El escritor declara: «Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia» (Hebreos 12:1). Note que el versículo distingue entre pesos y pecados. El pecado siempre está mal, pero los pesos suelen ser diferentes. Un peso puede no ser inherentemente pecaminoso, y aun así retrasar el progreso espiritual. Ocupa un espacio en nuestra vida que debería pertenecerle a Dios. Consume energía emocional que podría haberse invertido en otro lugar. El discernimiento nos permite reconocer cuándo algo que antes parecía inofensivo se ha convertido gradualmente en un obstáculo para el crecimiento espiritual.

Este principio se extiende mucho más allá de las decisiones obvias de la vida. Cada día los creyentes enfrentan innumerables invitaciones que requieren discernimiento. Algunas invitaciones involucran relaciones que alejan lentamente nuestro corazón de Cristo. Otras involucran compromisos que consumen tanto tiempo que dejan poco espacio para la oración, la adoración y la Palabra de Dios. Algunas oportunidades prometen éxito financiero pero exigen compromiso espiritual. Otras apelan a nuestro orgullo al ofrecer reconocimiento, influencia o aplausos, mientras silenciosamente nos tientan a buscar nuestra propia gloria en lugar de la de Dios. Ninguna de estas decisiones puede evaluarse simplemente por la apariencia externa. Deben medirse contra el llamado que Dios ha puesto sobre nuestra vida.

El Pastor también nos recordó que la urgencia no siempre es una señal de la dirección de Dios. El enemigo a menudo crea una falsa sensación de inmediatez, convenciendo a las personas de que deben decidir rápidamente antes de buscar al Señor. Sin embargo, a lo largo de las Escrituras, la dirección de Dios produce constantemente paz y no pánico. Santiago describe «la sabiduría que es de lo alto» como «primeramente pura, después pacífica» (Santiago 3:17). Aunque la obediencia nunca debe posponerse una vez que se conoce la voluntad de Dios, el discernimiento se niega a dejarse manipular por la presión. Espera lo suficiente para hacer la pregunta más importante: «Señor, ¿vino esta invitación de ti?».

Jesús mismo modeló este principio a la perfección. A lo largo de su ministerio terrenal, innumerables personas intentaron redirigir su atención. Las multitudes querían que se convirtiera en un líder político. Otros querían que permaneciera en pueblos donde ya habían ocurrido milagros. Incluso Pedro intentó una vez persuadirlo de evitar la cruz. Sin embargo, Jesús se mantuvo firme porque vivía con una clara conciencia del propósito de su Padre. Cada decisión estaba gobernada por un compromiso primordial: «No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre» (Juan 5:30). Su vida demuestra que, en última instancia, el discernimiento se trata de fidelidad a la tarea de Dios y no de responder a

cada oportunidad.

Todo creyente debe aprender tarde o temprano esta lección. Siempre habrá más invitaciones que tareas, más oportunidades que llamados, y más voces que la voz de Dios. El discernimiento nos enseña que no podemos perseguir todo simplemente porque parezca beneficioso. A veces la decisión más santa que podemos tomar es permanecer donde Dios nos ha colocado. Como Nehemías, debemos ser capaces de decir: «Yo hago una gran obra, y no puedo ir». Un corazón anclado en el propósito de Dios no se distraerá fácilmente con cada puerta abierta, porque ha aprendido que las mayores oportunidades no son las que simplemente se hacen disponibles, sino las que inconfundiblemente son enviadas por Dios.

PARTE

CUANDO EL MANTO SE CONVIERTE EN TU IDENTIDAD

09

Cuando la historia de Bartimeo llega a su clímax, Marcos registra una de las acciones más pasadas por alto y, sin embargo, más significativas de todo el relato. Antes de que Bartimeo se presente ante Jesús, la Escritura nos dice: «Él entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús» (Marcos 10:50). A primera vista, esto puede parecer nada más que un detalle innecesario. Después de todo, ¿qué diferencia hace una prenda si el verdadero milagro es la restauración de la vista? Sin embargo, el Espíritu Santo preservó intencionalmente este momento, porque el manto representaba algo mucho más grande que ropa. Representaba una identidad que Bartimeo ya no podía llevar consigo a la presencia de Cristo.

En la cultura de aquella época, el manto de un mendigo era más que una protección contra el clima. Identificaba al individuo como alguien que dependía de la generosidad de los demás. Comunicaba su lugar en la sociedad antes de que pronunciara una sola palabra. La gente reconocía la prenda y comprendía de inmediato su condición. Ese manto se había convertido en su sustento, su seguridad y su identidad pública. Era el símbolo de todo lo que había sido su vida. Mientras lo llevara puesto, todos sabían exactamente quién se esperaba que fuera.

Sin embargo, en el momento en que Jesús pronunció su nombre, Bartimeo hizo algo extraordinario. Lo arrojó a un lado antes de saber si recibiría su milagro. Esa decisión fue un acto de fe extraordinaria. No esperó hasta después de poder ver. Abandonó la identidad de mendigo antes de tener la evidencia de que sus circunstancias habían cambiado. Sus acciones declararon que la voz de Jesús tenía más autoridad que la identidad que había llevado durante años. La fe le permitió dejar atrás lo que lo había definido, porque creía que Cristo estaba a punto de redefinirlo.

Este principio va mucho más allá de Bartimeo. Todo creyente posee mantos espirituales que tarde o temprano deben ser desechados. Estos mantos no son prendas físicas, sino identidades profundamente arraigadas formadas a través de años de experiencias dolorosas, decepciones, temores y fracasos. Algunos llevan el manto del rechazo porque han pasado años creyendo que no son deseados. Otros llevan el manto de la inseguridad, convencidos de que nunca estarán a la altura. Algunos siguen cargando culpa por pecados que Cristo ya ha perdonado. Otros permanecen envueltos en amargura porque no pueden soltar las heridas del pasado. Otros más llevan el manto del desempeño religioso, creyendo que su valor depende por completo de lo que logran y no de quiénes son en Cristo. Aunque estas identidades son distintas, todas producen el mismo resultado: mantienen a las personas sentadas junto al camino en lugar de caminar con Jesús.

El enemigo comprende el poder de la identidad. Si no puede impedir la salvación, intentará impedir la transformación. Sabe que los creyentes que siguen pensando como cautivos rara vez viven como hijos e hijas de Dios. Por eso constantemente les recuerda a las personas su pasado, mientras que Dios continuamente los señala hacia su futuro. Satanás dice: «Eres lo que has hecho». Cristo dice: «Eres quien Yo te he llamado a llegar a ser». Esas dos voces producen vidas completamente distintas.

El apóstol Pablo entendía bien esta batalla. Al escribir a los creyentes efesios, los exhortó: «En cuanto a la pasada manera de vivir, os despojéis del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos... y os vistáis del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad» (Efesios 4:22-24). Note el lenguaje de Pablo. La salvación implica tanto despojarse como vestirse. La vida

cristiana no es simplemente añadir a Cristo a una identidad vieja; es dejar a un lado por completo la identidad vieja y abrazar la nueva vida creada por Dios. Esto es exactamente lo que Bartimeo demostró. Antes de moverse hacia Jesús, primero soltó lo que pertenecía a su vida anterior.

Uno de los mayores desafíos que enfrentan los creyentes es distinguir entre lo que alguna vez los protegió y lo que ahora les impide crecer. El Pastor hizo una observación poderosa al explicar que lo que te ayudó a sobrevivir una temporada puede estorbarte en la siguiente. Hay hábitos, mentalidades y defensas emocionales que pudieron haberse desarrollado en tiempos difíciles. Tal vez ofrecieron protección temporal durante temporadas de dolor, rechazo o incertidumbre. Pero una vez que Dios comienza a guiarnos hacia la sanidad, esas mismas defensas a menudo se convierten en obstáculos. Los muros que alguna vez protegieron nuestro corazón terminan aprisionándolo. El temor que alguna vez parecía brindar seguridad termina impidiéndonos confiar plenamente en Dios. El discernimiento nos ayuda a reconocer cuándo el mecanismo de supervivencia de ayer se ha convertido en la limitación espiritual de hoy.

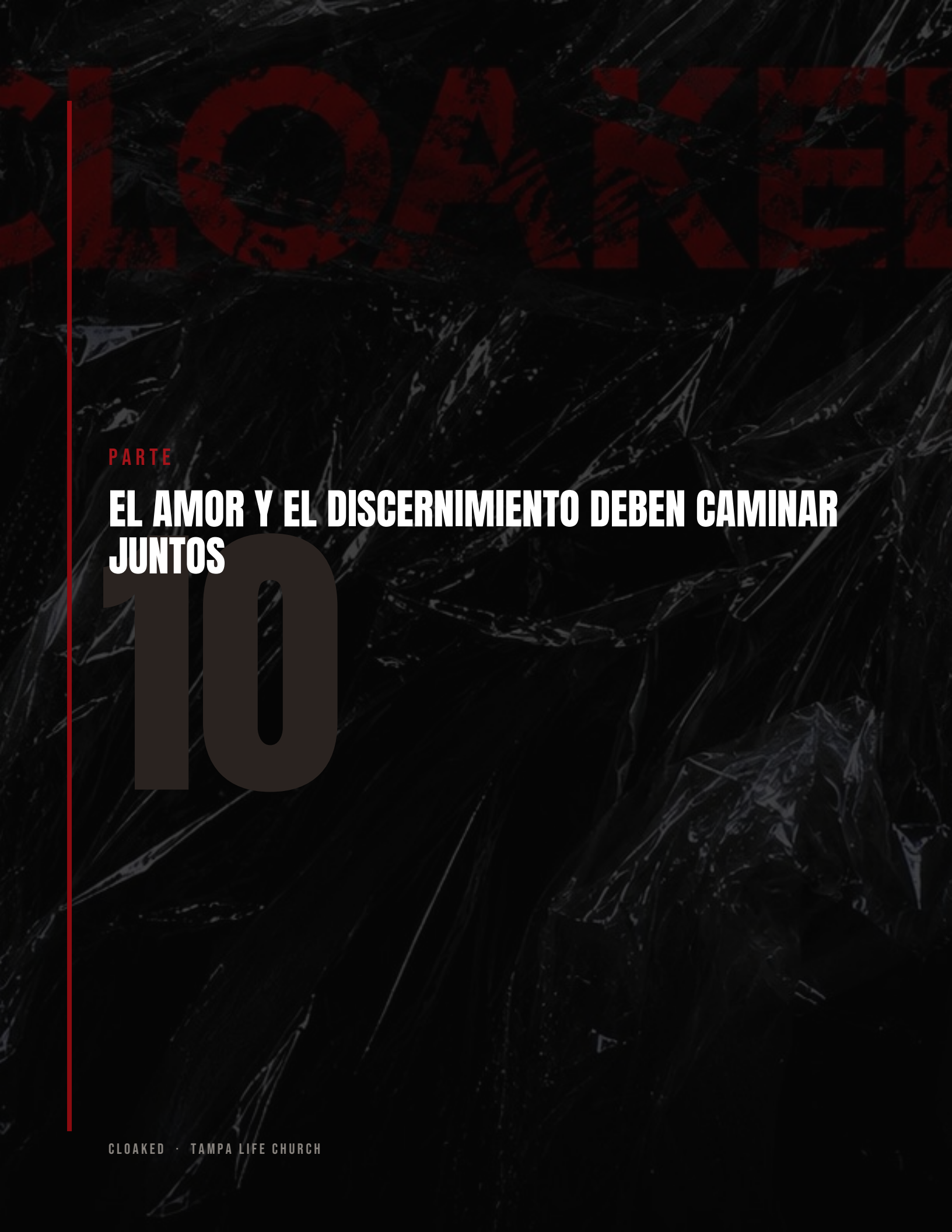
La nación de Israel ilustra este principio de manera vívida. Aunque Dios los liberó de Egipto en una sola noche, Egipto siguió viviendo dentro de su corazón. Una y otra vez anhelaban volver al lugar donde alguna vez habían sido esclavos, porque la esclavitud se había vuelto familiar. La libertad se sentía incómoda simplemente porque era desconocida. Su mayor lucha ya no era salir físicamente de Egipto, sino permitir que Egipto saliera espiritualmente de ellos. De igual manera, muchos creyentes han experimentado una conversión genuina mientras siguen cargando identidades viejas que pertenecen a una vida que Cristo ya redimió.

Por eso Pablo les recuerda repetidamente a los creyentes quiénes son ahora en Cristo. Somos llamados hijos de Dios (1 Juan 3:1), linaje escogido, real sacerdocio, nación santa (1 Pedro 2:9), y herederos de Dios y coherederos con Cristo (Romanos 8:17). Estas declaraciones no son consignas motivacionales; son realidades espirituales. Sin embargo, hasta que las creamos, seguiremos viviendo por debajo de identidades que Dios ya ha eliminado. Bartimeo no podía seguir acercándose a Jesús vestido como si su futuro dependiera de mendigar. En el momento en que Cristo lo llamó, su vieja identidad ya no encajaba con la vida que estaba a punto de recibir.

Todo discípulo llega tarde o temprano a esta misma encrucijada. Jesús continuamente nos llama a rendir identidades que ya no nos pertenecen. A veces nos pide que dejemos el temor. Otras veces nos pide que soltemos la amargura, la vergüenza, el orgullo, la autosuficiencia o la aprobación de la gente. Sea cual sea el manto, no podemos abrazar plenamente nuestra nueva identidad mientras nos aferramos a la vieja. Cristo nunca quiso que sus seguidores cargaran prendas que Él ya ha declarado innecesarias.

Bartimeo nos enseña que la fe no es simplemente creer que Dios puede realizar un milagro. La fe es responder a su voz antes de que el milagro se haga visible. Mucho antes de que sus ojos fueran abiertos, el corazón de Bartimeo ya había cambiado. Se puso de pie, arrojó el manto y caminó hacia Jesús creyendo que Aquel que lo había llamado no lo dejaría sin cambiar. Todo creyente debe tomar la misma decisión. Llega un momento en que debemos dejar de identificarnos por nuestras heridas, nuestros fracasos, nuestro pasado o nuestros temores, y comenzar a abrazar la identidad que Cristo compró

mediante su gracia. Solo entonces descubrimos que el manto que creíamos necesitar era en realidad lo mismo que nos impedía caminar hacia la plenitud del propósito de Dios.



PARTE

EL AMOR Y EL DISCERNIMIENTO DEBEN CAMINAR JUNTOS

10

Al concluir la oración inicial de su carta a los Filipenses, Pablo revela uno de los equilibrios más hermosos que se encuentran en toda la Escritura. En lugar de orar únicamente para que la iglesia creciera en conocimiento, o únicamente para que creciera en amor, une ambas cosas al escribir: «Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aún más y más en ciencia y en todo conocimiento, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irrepreensibles para el día de Cristo» (Filipenses 1:9-10). Pablo entendía algo que todo creyente maduro debe aprender: el amor sin discernimiento se vuelve peligroso, pero el discernimiento sin amor se vuelve destructivo. El Espíritu Santo nunca quiso que estas dos virtudes compitieran entre sí. Fueron diseñadas para trabajar juntas.

Muchas personas creen que el amor requiere pasar por alto todo, mientras que otras creen que el discernimiento requiere confrontar todo. La Escritura no enseña ninguno de esos dos extremos. El amor genuino nunca es ciego, y el verdadero discernimiento nunca es frío. El amor ve las faltas, pero elige la restauración. El discernimiento reconoce el peligro, pero nunca pierde la compasión. Cuando cualquiera de estas dos cualidades se separa de la otra, el desequilibrio espiritual llega rápidamente. El amor sin verdad termina tolerando lo que Dios desea transformar, mientras que la verdad sin amor hiere a las mismas personas que Cristo vino a salvar.

Jesús demostró este equilibrio a la perfección a lo largo de su ministerio. Considere su encuentro con la mujer sorprendida en adulterio. Los líderes religiosos querían justicia sin misericordia. Identificaron correctamente su pecado, pero ignoraron por completo el suyo propio. Jesús, sin embargo, ni excusó su comportamiento ni la condenó como alguien más allá de la redención. Después de silenciar a sus acusadores, le dijo con ternura: «Ni yo te condeno; vete, y no peques más» (Juan 8:11). Su amor se negó a destruirla, pero su discernimiento se negó a ignorar su pecado. La misericordia y la santidad caminaron juntas a la perfección, porque ambas fluían del corazón de Dios.

El mismo equilibrio aparece repetidamente en la vida de Cristo. Recibía a los pecadores mientras confrontaba la hipocresía. Extendía gracia a los quebrantados mientras hablaba con firmeza a los orgullosos. Abrazaba a quienes lo buscaban sinceramente mientras exponía el engaño dondequiera que aparecía. Su compasión nunca debilitó sus convicciones, y sus convicciones nunca disminuyeron su compasión. Así es como se ve la madurez espiritual. Se niega a sacrificar la verdad por aceptación, pero también se niega a usar la verdad como arma contra personas que desesperadamente necesitan gracia.

El Pastor expresó este principio con notable claridad. Explicó que el amor sin discernimiento se convierte en permisividad, mientras que el discernimiento sin amor se convierte en crueldad. Estas dos declaraciones resumen innumerables fracasos relacionales, tanto dentro de las iglesias como de las familias. Los padres a veces excusan comportamientos destructivos porque confunden el amor incondicional con la aprobación incondicional. Los amigos pueden ignorar peligros espirituales evidentes porque temen las conversaciones difíciles. Por otro lado, algunos creyentes se enfocan tanto en identificar el error que olvidan que el propósito de la verdad siempre es la restauración. Se vuelven expertos en exponer la debilidad, olvidando que Cristo vino «lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14), nunca la una sin la otra.

La oración de Pablo también revela que el discernimiento no se limita a distinguir el bien del mal. Ora para que los creyentes «aprueben lo mejor». En otras palabras, la madurez no es simplemente evitar lo pecaminoso. Es aprender a perseguir lo mejor. Muchas de las decisiones que enfrentan los cristianos implican elegir entre dos buenas opciones, y no entre lo correcto y lo incorrecto. El discernimiento pregunta: ¿Qué decisión glorifica más a Dios? ¿Qué oportunidad hace avanzar más su Reino? ¿Qué respuesta refleja más el carácter de Cristo? El amor nos motiva a buscar el bien de los demás, mientras que el discernimiento nos ayuda a reconocer el camino más sabio hacia esa meta.

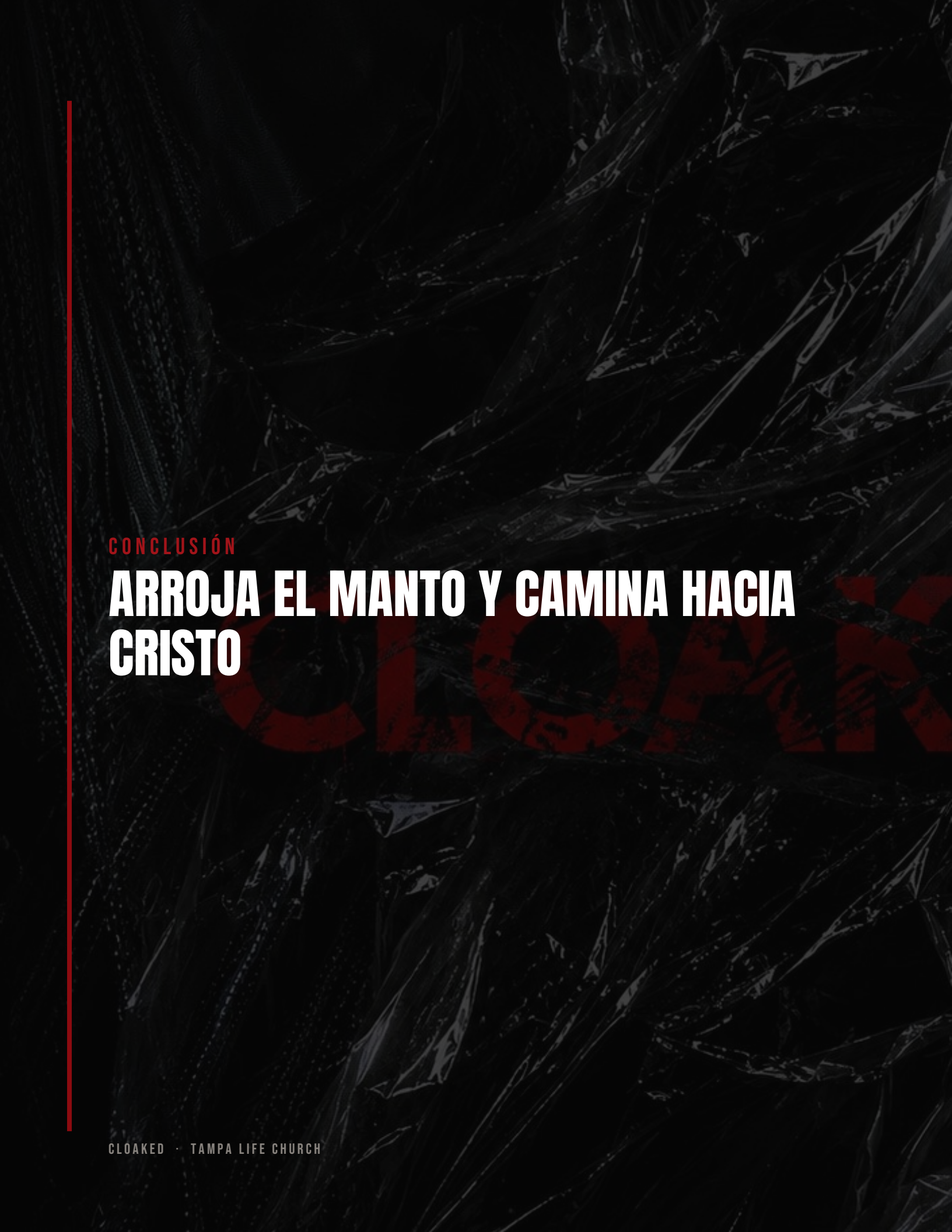
Santiago describe además cómo se ve realmente la sabiduría gobernada por el amor. Escribe: «Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía» (Santiago 3:17). Este versículo sirve como una prueba espiritual para todo lo que afirmamos que es sabiduría o discernimiento. Si lo que llamamos discernimiento produce arrogancia, dureza, división, orgullo o falta de disposición para escuchar, Santiago dice que no vino de lo alto. La sabiduría celestial siempre refleja el carácter de su fuente. Es pura porque Dios es santo. Es pacífica porque Cristo es el Príncipe de Paz. Es amable porque el Buen Pastor trata a sus ovejas con ternura. Está llena de misericordia porque cada uno de nosotros vive a diario de la misericordia de Dios.

Estas características también revelan por qué el discernimiento siempre debe ejercerse con humildad. Un creyente que verdaderamente posee la sabiduría de Dios no disfruta demostrar que los demás están equivocados. No se regocija cuando el fracaso de alguien confirma sus sospechas. Más bien, su corazón se aflige por el pecado, porque comprende el dolor que este trae. Como Cristo, desea el arrepentimiento más que la exposición, y la restauración más que la humillación. Aun cuando la corrección se vuelve necesaria, se ofrece con lágrimas y no con triunfo. La meta nunca es ganar un argumento, sino recuperar a un hermano o una hermana para el Señor.

Esta verdad se vuelve especialmente importante dentro del cuerpo de Cristo. Las iglesias florecen cuando los creyentes se niegan a elegir entre el amor y el discernimiento. El amor crea un ambiente donde las personas pueden crecer con honestidad, sin temor al rechazo. El discernimiento protege ese ambiente del engaño y la transigencia. Juntos preservan tanto la pureza como la unidad del pueblo de Dios. Pablo instruyó a los efesios a crecer «hablando la verdad en amor» (Efesios 4:15). La verdad le da dirección al amor, y el amor le da al verdadero espíritu a la verdad. Quite cualquiera de los dos, y la Iglesia se vuelve enferma.

En última instancia, todo creyente debería preguntarse si el fruto de la sabiduría de Dios se vuelve cada vez más visible en la vida diaria. ¿Nos estamos volviendo más pacientes, más misericordiosos, más enseñables y más bondadosos? ¿Estamos aprendiendo a equilibrar la convicción con la compasión? ¿Estamos tratando a las personas como Cristo nos ha tratado a nosotros? El Espíritu Santo nunca produce un discernimiento que nos deje más fríos, más ásperos o más críticos. El verdadero discernimiento siempre nos hace parecer más a Jesús. Cuanto más crecemos hacia Él, más profundamente amamos a las personas mientras permanecemos firmemente anclados en la verdad. Esta hermosa unión entre el amor y el discernimiento no es simplemente una cualidad deseable para los

cristianos maduros; es una de las evidencias más claras de que la sabiduría de lo alto verdaderamente gobierna nuestro corazón.



CONCLUSIÓN

ARROJA EL MANTO Y CAMINA HACIA CRISTO

La historia de Bartimeo es mucho más que el relato de un hombre ciego que recibe la vista. Es la historia de todo creyente que debe decidir si permanecer definido por el ayer o responder hoy a la voz de Jesús. El relato de Marcos comienza con un hombre sentado junto al camino, cubierto por un manto que representaba todo en lo que su vida se había convertido. Era conocido por su condición, limitado por sus circunstancias y rodeado de voces que continuamente le recordaban dónde pertenecía. Sin embargo, para el final de la historia, todo había cambiado, no simplemente porque sus ojos fueron abiertos, sino porque respondió al llamado de Cristo con fe.

A lo largo de esta lección hemos visto que el milagro en realidad comenzó mucho antes de que Bartimeo se presentara ante Jesús. Comenzó cuando discernió la importancia de lo que escuchó. En medio de una multitud ruidosa, reconoció la única voz que importaba. El discernimiento le permitió separar la oportunidad divina de la distracción ordinaria. Mientras todos los demás simplemente veían otra multitud pasando por Jericó, Bartimeo reconoció que el cielo mismo se había acercado. Su milagro comenzó en el momento en que entendió que Jesús estaba pasando.

También hemos aprendido que el discernimiento no es una habilidad reservada para unas pocas personas excepcionalmente espirituales. Se desarrolla mediante la intimidad diaria con Dios. La oración, la obediencia, el arrepentimiento, la Escritura, la corrección y la humildad entrenan gradualmente nuestros sentidos espirituales hasta que comenzamos a reconocer la diferencia entre la voz de Dios y toda voz que compite a nuestro alrededor. Los creyentes maduros no son aquellos que simplemente poseen más información bíblica; son aquellos cuyo corazón ha sido moldeado por la obediencia continua a la Palabra de Dios.

Quizás una de las mayores lecciones de este estudio es que el discernimiento primero debe dirigirse hacia adentro antes de dirigirse hacia afuera. La oración de David, «Examíname, oh Dios» (Salmo 139:23), nos recuerda que la verdadera madurez espiritual comienza con un examen propio honesto. Antes de pedirle a Dios que revele los motivos de todos los demás, debemos permitirle revelar los nuestros. El orgullo, el temor, las heridas sin resolver, la ambición, la inseguridad y las preferencias personales pueden distorsionar nuestra visión espiritual si permanecen ocultos bajo la superficie. Solo cuando el Espíritu Santo escudriña nuestro corazón somos capaces de ver a los demás con claridad, misericordia y sabiduría.

La lección de Nehemías también nos recuerda que no toda oportunidad es la oportunidad de Dios. El discernimiento les permite a los creyentes distinguir entre tareas y distracciones, entre exigencias urgentes y prioridades eternas. El enemigo a menudo intenta redirigir al pueblo de Dios, no a través del pecado evidente, sino mediante invitaciones aparentemente razonables que lentamente lo alejan de su llamado. Como Nehemías, todo discípulo debe aprender tarde o temprano a decir: «Yo hago una gran obra, y no puedo ir» (Nehemías 6:3). Una comprensión clara del propósito de Dios nos protege de distraernos con cada puerta abierta que se presenta.

Entonces llegamos una vez más a la imagen que le da título a toda esta lección: el manto. El manto de Bartimeo representaba su vieja identidad, sus limitaciones, su seguridad y la vida que siempre había conocido. Sin embargo, cuando Jesús pronunció su nombre, lo arrojó de inmediato. Se negó a llevar la

identidad de ayer al milagro de mañana. Ese único acto ilustra hermosamente lo que todo creyente debe hacer tarde o temprano. No podemos seguir aferrándonos a identidades formadas por el temor, la vergüenza, el rechazo, la amargura, el orgullo o los fracasos pasados, mientras esperamos abrazar plenamente la vida nueva que Cristo ha preparado para nosotros. La fe siempre requiere soltar lo que ya no nos pertenece.

Finalmente, descubrimos que el discernimiento y el amor nunca deben separarse. La sabiduría de Dios nunca es dura, suspicaz ni orgullosa. Santiago enseña que la sabiduría de lo alto es «primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos» (Santiago 3:17). Cuanto más crece el discernimiento dentro de nosotros, más debería evidenciarse a través de nosotros el carácter de Cristo. El discernimiento genuino nunca produce arrogancia; produce humildad. Nunca se deleita en exponer a las personas; se deleita en restaurarlas. Nunca busca demostrar que tiene la razón; busca glorificar a Dios.

La imagen final de Bartimeo es impactante. Marcos nos dice que después de recibir la vista, «seguía a Jesús en el camino» (Marcos 10:52). El mayor milagro no fue simplemente que un hombre ciego ahora podía ver. El mayor milagro fue que un hombre que había pasado su vida sentado junto al camino ahora caminaba detrás del Maestro. Su destino cambió porque su identidad cambió. Ya no pertenecía a la orilla del camino; pertenecía a la compañía de Cristo.

La misma invitación permanece hoy ante todo creyente. Jesús todavía pasa. Todavía llama a las personas por su nombre y no por sus fracasos. Todavía invita a quienes han pasado años escondidos bajo identidades viejas a dejar atrás esas prendas y seguirlo. La pregunta no es si Cristo está llamando. La pregunta es si estamos dispuestos a dejar a un lado lo que nos ha cubierto durante tanto tiempo.

Que cada día le pidamos al Señor corazones que le teman, oídos que reconozcan su voz, mentes gobernadas por su verdad, y ojos que vean a las personas como Él las ve. Que nos dé un discernimiento enraizado en la humildad, equilibrado por el amor y fortalecido mediante la obediencia diaria. Y cuando Él pronuncie nuestro nombre, que tengamos la fe de Bartimeo: arrojar todo manto que ya no nos pertenece, levantarnos sin vacilar, y caminar hacia Aquel que siempre nos ha visto, no por lo que hemos sido, sino por quiénes Él nos ha creado para llegar a ser.

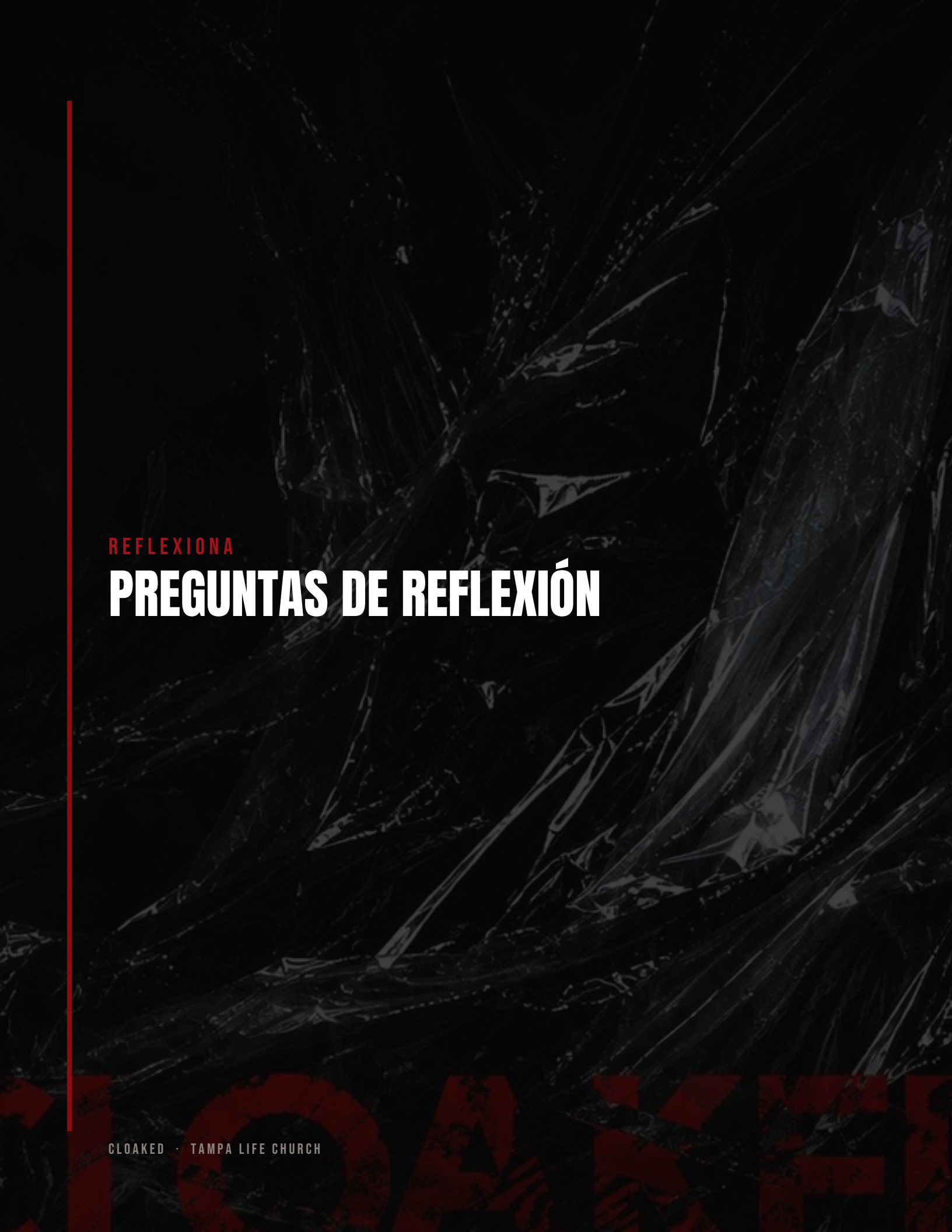


EJERCICIO

COMPLETA LOS ESPACIOS

Completa cada oración usando la lección.

1. El discernimiento se desarrolla mediante _____, y no simplemente se recibe en un solo momento.
2. El temor de Jehová es el _____ de la sabiduría y el verdadero discernimiento.
3. El milagro de Bartimeo comenzó, no con lo que vio, sino con lo que _____.
4. Antes de que Bartimeo viniera a Jesús, arrojó su _____, dejando atrás la identidad que lo había definido.
5. La verdadera madurez espiritual comienza cuando le pedimos a Dios que _____ nuestro propio corazón antes de examinar la vida de los demás.
6. El amor sin discernimiento se convierte en _____, mientras que el discernimiento sin amor se convierte en _____.



REFLEXIONA

PREGUNTAS DE REFLEXIÓN

CLOAKED · TAMPA LIFE CHURCH

 REFLEXIONA

1. ¿Qué «manto» podrías estar cargando todavía que ya no refleja la identidad que Dios te ha dado? ¿Cómo ha influido en la manera en que te ves a ti mismo?

 REFLEXIONA

2. El Pastor enseñó que el discernimiento comienza al escuchar la voz correcta. ¿Qué voces influyen más en tus decisiones cada día, y cómo puedes volverte más sensible a la voz del Buen Pastor?

 REFLEXIONA

3. David oró: «Examíname, oh Dios». ¿Hay alguna área de tu corazón —como el orgullo, el temor, la ofensa, la inseguridad o la ambición— que necesites rendir al Señor para que Él pueda aumentar tu discernimiento?

 REFLEXIONA

4. Piensa en una decisión u oportunidad que estés enfrentando actualmente. ¿Solo te has preguntado si es buena, o también te has preguntado si en verdad es la tarea que Dios tiene para tu vida?

 REFLEXIONA

5. Santiago enseña que la sabiduría de lo alto es pura, pacífica, amable, llena de misericordia y sin hipocresía (Santiago 3:17). ¿Cuál de estas características deseas más que el Espíritu Santo desarrolle en tu vida, y qué pasos prácticos puedes tomar esta semana para crecer en esa área?
